

FILMS
DE AMOR
EL LÁTIGO



NÚM.

142

25
CTS.

Dorothy Mackaill - Ralph Forbes

FILMS DE AMOR

APARECE TODOS LOS JUEVES

Redacción, Administración y Talleres:
Calle de Valencia, 234 - Apartado núm. 707
BARCELONA

AÑO V

NÚM. 142

THE WHIP 1928

EL LÁTIGO

Adaptación en forma de novela de la grandiosa comedia dramática de Bernard Mac Conville y J. L. Campbell, interpretada por los geniales artistas

DOROTHY MACKAILL

Y

RALPH FORBES

Adaptación por EZEQUIEL MOLDES

SELECCIONES

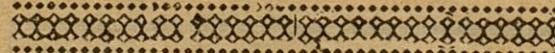
VERDAGUER

Consejo de Ciento, 290. Barcelona

REPARTO

Lady Diana de Beverly . . . Dorothy Mackail
Lord Brancaster . . . Ralph Forbes

ARGUMENTO DE DICHA PELICULA



Londres. Ambiente de carreras. Bar americano, donde el "barman" elabora "cocktails" complicados, para deleite de "brokmarkers" sibaritas y de jugadores más o menos afortunados. Su Majestad el "Pur Sang" triunfaba allí, y entre los habituales se estudiaba su genealogía, su edad, sus condiciones, sus probabilidades de victoria. Hombres preocupados escribían en carnets signos misteriosos, que sólo ellos entendían, y que, por unos momentos, les daban la ilusión de atraer a la Fortuna, de someterla a su voluntad. Claro está que el desengaño venía pronto, cuando en la pista del Hipódromo podían apreciar lo aventurado que es hacer cálculos sobre las patas de un caballo. Pero ellos, después de cada fracaso, continuaban haciendo enrevésados problemas aritméticos, sobre los que seguía bailando la llamita azul de la ilusión.

Otros, leían afanosamente los periódicos, buscando con ansia la sección de carreras,

donde se barajaban fantásticos nombres de caballos y cantidades que serían enigmáticas para los ojos profanos.

Los "jockeys", menudos, vivos, ágiles, charlaban y bebían; unos, satisfechos de sentirse seguros en la silla fija del bar; otros, añorando tal vez la silla inquieta del caballo.

Por último, los "bookmakers", con un aire febril, recibían visitas rápidas, anotaban apuestas de sus clientes y, confidencialmente, daban a veces consejos sobre la forma de jugar a cada caballo; consejos que, naturalmente, eran casi siempre interesados.

Entre estos últimos figuraban en primer lugar, por su dinamismo, por su aspecto respetable, el gordo, el orondo Miguel Kelly. Lo que en él imponía cierto respeto no era, desde luego, el reflejo de un alma noble, sino simplemente su aspecto gigantesco, de magnífico ejemplar humano. Rojo hasta la congestión, músculos de boxeador, vientre de banquero, indumentaria de "sportman". Su voz tenía en ocasiones la resonancia de un trueno, y su puño sólido estaba siempre dispuesto a apoyar con la lógica de lo irrefutable la razón de un argumento.

En todo el mundo de carreras se conocía a Miguel Kelly por un vividor, que frecuentemente bordeaba el Código penal. Se sabía que sus jugadas no eran siempre limpias, que el azar estaba sometido muy a menudo a su

voluntad. Se decía que, para estar al tanto de las condiciones de los caballos, varios cómplices suyos, relacionados con la "High Life", frecuentaban las mansiones y las cuadras de los propietarios de "pur sangs" y le tenían al corriente de lo más difícil de averiguar: el resultado de las pruebas a que los caballos eran sometidos por sus propietarios en vísperas de las carreras.

Con tales valiosos datos en su poder, Kelly aceptaba apuestas y las manejaba a su antojo, con todas las seguridades de ganar.

Ultimamente, Miguel Kelly estaba un poco inquieto. Había llegado a sus oídos que, para las próximas carreras de junio saldría un nuevo caballo a disputar el Derby.

A primera vista, el hecho no parecía merecedor de inquietar a hombre tan ducho como Kelly, pero si se tenía en cuenta que el nuevo "pur sang" procedía de las cuadras del castillo de Falconhurst, que desde hacía siglos venía dando a Inglaterra sus mejores caballos de carrera, empezaba a comprenderse la preocupación del hábil "bookmaker".

Kelly, cuando se inquietaba, trabajaba al mismo tiempo. La inquietud no significaba para él depresión, sino acicate. Lo que primero hizo, por lo tanto, fué tratar de averiguar cuáles eran las posibilidades del nuevo caballo y para ello nada mejor que buscarse alguno de aquellos falsos "gentlemen" que,

gracias a su nombre, conseguían introducirse en todas partes.

No tardó en encontrar el hombre que necesitaba.

Se llamaba Gustavo Sartoris. Correcto, elegante, distinguido, su árbol genealógico y sus maneras de "gentleman" le abrían de par en par las puertas del gran mundo. Cierto es que se murmuraba de él que estaba arruinado, que su fuente de ingresos era un tanto misteriosa, que su moralidad dejaba bastante que desear... Pero de tales habillillas, frecuentes en el gran mundo más que en ningún otro ambiente, pocos personajes podían librarse.

Miguel Kelly y Gustavo Sartoris se vieron a solas en el despacho del primero. Unos "cocktails", unos cigarros, y Kelly tomó la palabra:

—Sartoris, ¿usted está en buenas relaciones con el marqués de Beverly, verdad?

—¡Ya lo creo! Su castillo de Falconhurst está siempre abierto para mí.

—Eso es lo que me interesa... Sabrá usted que el marqués va a presentar un nuevo caballo esta temporada.

—Algo he oído de eso.

—Se llama "El Látigo". Nada absolutamente sé de él, pero el marqués es hombre entendido y me figuro que no se expondrá a un fracaso.

—Así lo creo también.

—Es preciso, pues, que vaya usted a pasar una temporada a Falconhurst y me suministre todos los datos que pueda sobre ese caballo.

—¿En qué condiciones?

—Las de siempre. Sus gastos de usted corren de mi cuenta, y el día que hagamos el negocio usted tendrá una participación en los beneficios.

—¿De cuánto?

—Del cincuenta por ciento.

—Acepto.

Ya están a la venta

La Colección de tarjetas postales
que usted deseaba:

**LOS DIEZ MÁS SUGESTIVOS BESOS POR
LOS ARTISTAS MÁS SIMPÁTICOS**

Colecciones de 10 postales 2 pts.

Pedidos a:

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

II

El pueblecito de Falconhurst estaba situado a algunas horas de Londres. Reía la primavera, y sobre el verde lozano de sus campos triunfaba la pompa roja de las amapolas.

Un poco a lo lejos, dominando el pueblo, se alzaban los muros del castillo del marqués de Beverly, por los cuales trepaban la hiedra y las glicinas, quitándole adustez y dándole, en cambio, un aire alagre y amable.

Por su traza señorial, el castillo evocaba épocas pretéritas; pero solamente en su aspecto exterior. Dentro de él la vida tenía un ritmo moderno, que encontraba su marco propio en ciertos salones decorados, según el gusto de última hora, y resultaba un poco anacrónico en otras salas, donde en las cornucopias, en las consolas, en las sillerías, diríase que se había estacionado el ambiente ochocentista.

Era el señor de Falconhurst, séptimo marqués de Beverly, tan entusiasta "sportman" como correcto caballero. Cincuentón aficiona-

do a la caza y a los caballos, apenas aparecía por Londres. Su vida se deslizaba apaciblemente en el solar de sus mayores, entregado, particularmente, al placer de criar caballos de pura sangre y procurar que no decayese en el mundillo de las carreras el pabellón de Falconhurst.

—Pero los tiempos eran malos. Ya no salía de aquellas cuadras un favorito cada temporada y, últimamente, después de un paréntesis inactivo de varios años, sólo “El Látigo” parecía merecer la confianza de los habitantes del castillo.

En una pista situada en las propiedades del marqués, éste y Lambert, su entrenador, observaban atentamente las evoluciones de “El Látigo”, que, montado por un buen “jockey”, caracoleaba y se encabritaba con actitudes de potro salvaje antes de lanzarse a la carrera frenética que debía hacerle triunfar en las pistas, de mayores dimensiones, de los Hipódromos.

Después de haberle visto correr varias veces, el marqués se volvió al entrenador y le dijo:

—Mi hija apuesta su cabeza por la victoria de “El Látigo” en las carreras de Ascot, Lambert... ¿Qué opina usted de ese caballo?

—No se puede tener mucha seguridad en él, milord... Es muy veloz, pero muy resabiado.

—Auméntele el ejercicio.

—Así lo haré.

—Pero, sobre todo, no permita que nadie le vea correr... ni siquiera mis invitados.

Entre aquellos invitados a que se refería el marqués de Beverly figuraba Gustavo Sartoris, que desde hacía dos semanas se encontraba en el castillo, esperando el momento de ver correr a “El Látigo”, para comunicar sus impresiones a su socio, el “bookmaker” Miguel Kelly.

Mientras ese momento no llegaba, Sartoris se dedicaba a acompañar a todas partes a lady Diana, la hija única del marqués. Era ésta una muchacha muy bella y muy a la moderna; un poco varonil, por su afición a los deportes y su trato continuo con los “jockeys” y entrenadores de su padre. Gran entusiasta de los caballos también, si “El Látigo” seguía aún, a pesar de sus resabios, en las cuadras del castillo, era por la confianza ilimitada que en él tenía la joven, muy convencida de que, más tarde o más temprano, el caballo ganaría la victoria para los colores de Falconhurst.

Acababa “El Látigo” de volver a su cuadra, cuando lady Diana, acompañada por Sartoris, se acercó a la pista, de vuelta de su acostumbrado paseo a caballo, en el cual, como siempre, el aventurero había sido su acompañante.

Esbozó el marqués un gesto de disgusto al ver a Sartoris en aquella parte de sus dominios, que él ocultaba celosamente a sus invitados, pero supo fingir, pensando, eso sí, impedir en lo sucesivo que el hecho se repitiese.

Hablaron de cosas banales, y Sartoris, atento a sus intereses, aprovechó una ocasión oportuna para decirle al marqués:

—He oido que va usted a hacer entrar a “El Látigo” en la carrera de la Copa de Oro. ¿Es verdad?

—Es verdad—respondió el marqués, poniéndose en guardia.

—Me gustaría mucho verle correr.

—Lo verá usted.

—¿Cuándo? ¿Ahora?

—No... El 19 de junio... si va usted a las carreras de Ascot.

Sartoris no pudo reprimir un gesto de contrariedad. Decididamente, si el viejo marqués no desconfiaba de él, estaba a punto de desconfiar. Procedía en lo sucesivo obrar con cautela, para no correr el riesgo de que sus intenciones fuesen descubiertas.

III

Algunos días después, Sartoris recibió en el castillo una tarjeta de Miguel Kelly, llamándole urgentemente a la posada de Falconhurst. Rompió con rabia la cartulina en menudos trozos y se dirigió rápidamente a la posada.

Miguel Kelly estaba allí, en efecto, más colorado, más imponente que nunca. Subieron los dos a las habitaciones que el “bookmaker” había tomado y, una vez que estuvieron a solas, Sartoris le increpó:

—¿Por qué me ha seguido usted aquí?
¿Tiene usted interés en comprometerme?

—¡Me importa poco comprometerle a usted! ¡Yo vengo aquí a mi negocio!

—¡Lo que viene usted es a estropear su negocio junto con el mío!

—¿Dónde están esos informes secretos que me prometió?

—¡Es usted demasiado impaciente!

—Usted me dijo que lord Beverly era amigo suyo... pero hasta ahora no lo he visto.

—Le digo que es usted demasiado impaciente... Estas cosas requieren tiempo.

—¡Tiempo, tiempo!... ¡Ya han pasado más de quince días! Se habla ya de "El Látigo", se me pone en el trance de aceptar apuestas y necesito saber lo que he de hacer.

—¿Quiere usted que le hable con sinceridad?

—No deseo otra cosa.

—El caso es que no me dejan verle correr... y todavía no he podido recoger ninguna impresión de los "jockeys".

—¡Cuidado, Sartoris! ¡Yo no voy a arruinarme para que usted viva espléndidamente! ¡Es un aviso!

—Para que vea usted que no pierdo mi tiempo ni su dinero, eche una mirada a esto...

Y Sartoris señalaba con el ledo un suelto de un periódico, que decía lo siguiente:

"Chismes de sociedad. — Se dice que pronto será anunciado un noviazgo en los círculos de la "High Life". Parece ser que Gustavo Sartoris, el conocido "sportman", aprovecha bien su tiempo en sus frecuentes visitas a Falconhurst."

—dijo Kelly, tirando el periódico.

—Quizá le interese más adelante.

—¿Qué quiere usted decir?

—Piense solamente lo que usted y yo podemos hacer si algún día nos vemos dentro de las cuadras de Falconhurst...

—¡Esto no me interesa lo más mínimo!

—¡Hombre! ¡Diablo! ¡Me parece que no va usted descaminado!

—¿Lo ve usted?... Nada, Kelly, confié en mí y no se inquiete por "El Látigo"... Proneto averiguaré algo y le escribiré.

Volvíose a Londres Miguel Killy, de bastante mejor humor que había salido, y Sartoris se dedicó a buscar la ocasión de sorprender las cualidades del caballo de Falconhurst. No tardó en presentársele esa ocasión. A la mañana siguiente, Diana hacía correr por segunda vez a "El Látigo" y presenciaba la carrera en compañía de Lambert, el entrenador. No pudo Sartoris acercarse a la pista, pero desde la ventana de su habitación, con la ayuda de unos gemelos, pudo seguir las evoluciones del animal. Un poco después, se sentaba ante el "bureau" y escribía a su compinche las siguientes líneas:

"Amigo Kelly:

He visto correr a "El Látigo". Es absolutamente salvaje y, con toda seguridad, perderá cualquier carrera. No vacile en aceptar todas las apuestas. Ya le daré más datos cuando vaya a Londres.

Un apretón de manos de su buen amigo
G. S."

Al mismo tiempo, en la pista, Lambert le decía a Diana:

—Mucho me temo que confiemos demasiado

do en el triunfo de "El Látigo", milady. Cada día lo veo más rebelde...

—¡Es una lástima! Si se le pudiese dominar, dejaría atrás a los mejores caballos.

Sartoris salió a echar su carta en el buzón del correo. Caminaba tranquilamente, cuando, de pronto, se detuvo sorprendido ante un hombre insignificante, vestido de negro, que, también sorprendido, se había detenido a mirarle. Fué Gustavoel primero en hablar:

—Caramba, Jacobs! ¿Qué hace usted tan lejos de Londres?

El hombrecillo puso un dedo sobre sus labios, suplicando silencio, y, después, mirando temeroso en torno de él, dijo en voz baja:

Jacobs no es mi nombre... ahora... Aquí soy Ricardo Haslam y me dedico a la profesión de registrador.

—De modo que ha vuelto usted una nueva página, eh?

—Así es.

—Supongo que no le habrá ido muy bien en la ciudad después del último "negocio"...

—He creído que era mejor cambiar de aires. Y ahora, ya lo ve usted, sigo el camino recto... ¿No me denunciará usted, verdad?

—Yo nunca delato a los amigos.

—Gracias, Sartoris.

—¡Buena suerte, "Ricardo Haslam"!

IV

Londres. El "Embassy Club", elegante, exclusivo, costoso. Mujeres llamativas. Correccos caballeros. Música tumultuosa de "jazz".

Fijémonos en una mesa, a la que están sentados un hombre y una mujer. Ella es la famosa aventurera Irene d'Algy, gran señora del mundo de la galantería; él es su víctima: Gerardo, lord Brancaster, joven heredero del dominio de Brancaster, situado en las cercanías de Falconhurst.

Con su inexperiencia del mundo, Gerardo Brancaster ha caído prisionero entre las redes sutiles de la aventurera, y está dispuesto nada menos que a casarse con ella. Así se lo dice con voz temblorosa de emoción, mostrándole la licencia que lleva en el bolsillo; licencia que ella se apresura a guardar en su seno con mimos y arrumacos de mujer enamorada.

Cuando mayor era la animación en el "Embassy Club" un camarero se acercó a la mesa de Brancaster e, inclinándose ceremoniosamente ante Irene, le dijo:



El "Embassy Club"

—Llaman por teléfono a la señora d'Algry. Irene se levantó y salió al pasillo. Allí, correctamente vestido de etiqueta, estaba Gustavo Sartoris, quien, al ver a Irene, se adelantó hacia ella tendiéndole la mano.

—Era yo el que llamaba, Irene.

—¿Y puedo saber a qué se debe esta estratagema?

—He dejado asuntos de gran importancia fuera de Londres sólo para venir a verte.

—Muy agradecida... Pero creo haberte di-

cho que estaba cansada de ti y de tus "negocios" de carreras.

En aquellos momentos la cortina que estaba detrás de la pareja se entreabrió y por allí asomó la cabeza de lord Brancaster, que, inquieto por la tardanza de Irene, había salido en su busca. No podía haber llegado con mayor oportunidad. Pudo así sorprender el resto de la conversación, escuchando claramente las palabras de la mujer amada, que ahora, con una voz cínica, para él desconocida, iba rasgando la venda que hasta entonces cubriera sus ojos.

Sartoris tenía la palabra:

—No es tan fácil desembarazarse de un hombre como yo, Irene... No ignoras que sé de ti cosas muy... "edificantes"...

—¿Y piensas pregonarlas?

—Tal vez.

—Bien; ¿qué es lo que pretendes?

—Algo muy sencillo para ti... Que consigas que Brancaster apueste sobre "El Látigo" una fuerte cantidad.

—¿Y por qué sobre ese caballo?

—Porque no ganará la carrera. Y Kelly partirá con nosotros las ganancias.

—Lo siento, querido, pero prefiero trabajar por mi propia cuenta.

—¡Tú harás lo que digo o descubriré tu juego con Brancaster!

—Demasiado tarde... Ese infeliz no te creerá. Nos casamos mañana.

En aquel momento salió Brancaster de su escondite, pálido como un muerto, y se presentó ante los dos aventureros, esforzándose por sonreír.

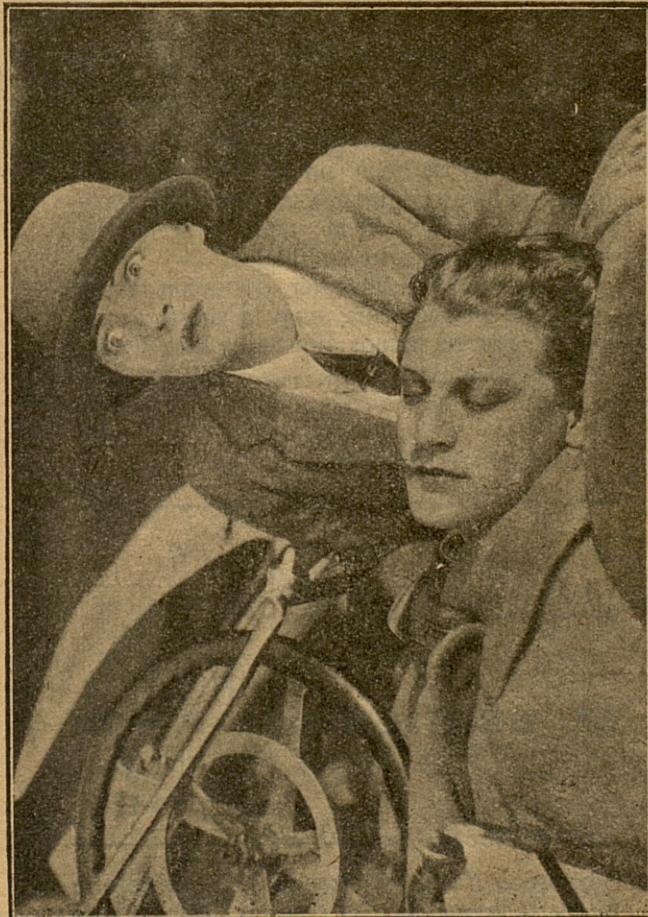
—Mil gracias a los dos por haberme abierto los ojos... Naturalmente, ya no habrá boda mañana.

Y, haciendo ante ambos un gesto de cómica reverencia, dió media vuelta y avanzó hacia la sala. Irene corrió tras él, lo abrazó, agarrándose como un naufrago a aquella tabla de salvación que le arrebataba la corriente.

—Tienes que escucharme, Gerardo... Sartoris ha mentido... trataba de hacerme víctima de un "chantage"...

Pero ya Gerardo no la escuchaba. Rechazándola dulcemente, sin acritud, atravesaba la sala, en busca del aire de la calle.

A la mañana siguiente, después de una noche de insomnio, el joven lord, desesperado, corría a esconder su desengaño en el Dominio Brancaster. Su cuarenta caballos volaba por la cinta blanca de la carretera, devorando kilómetros, dejando atrás, en una carrera de vértigo, árboles, campos, pueblecitos, caseríos. Gerardo no veía el camino que se abría ante él; sólo tenía ojos para con-



Brancaster tuvo la suerte de ser cuidado por Diana.

templar su panorama interior, tan lleno de tristeza y de desolación.

Abstraído iba en sus propias reflexiones cuando, al atravesar a gran velocidad un pueblecito, hubo de hacer un rápido viraje para no atropellar a alguien. Con tan mala fortuna, que el coche dió la vuelta de campana, quedando debajo su conductor.

De ese modo, Brancaster, junto con la desgracia de su accidente, tuvo la suerte de ser cuidado por las manos áulicas de lady Diana.

YA ESTÁ A LA VENTA

La segunda edición de
EL DESFILE DEL AMOR
 (El mayor éxito del año)
 Precio 1 pta.

— PEDIDOS A —

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona
 Remitir el importe en sellos de correo, añadiendo cinco céntimos para el certificado.

V

Pasó el tiempo.

En el castillo de Falconhurst Gerardo iba volviendo muy lentamente a la vida. A veces, Diana, al verle con los ojos vagando por la habitación, como si buscase algo, le preguntaba:

— ¿Desea usted ver a alguien... algún parente... algún amigo?

Pero él respondía invariablemente:

— No sé... no recuerdo nada... Cuando quiero pensar, tropiezo con la oscuridad...

Frecuentemente, tanto Diana como su padre, consultaban al médico de cabecera sobre el estado del herido y su respuesta era siempre parecida:

— Su naturaleza es robusta y responde de su curación... pero temo que su memoria quede profundamente resentida... En un caso como éste es imposible precisar cuánto tiempo ha olvidado de su vida... Quizá una semana... tal vez más...

Diana era su enfermera más constante. Se pasaba el día en la habitación del enfermo

pendiente de sus movimientos, de sus suspiros, esperando que manifestase cualquier deseo, para satisfacerlo inmediatamente.

Gustavo Sartoris, que había regresado al castillo y que se había encariñado con su papel de candidato a la mano de Diana, no podía ver con buenos ojos aquella amistad creciente, y a menudo aprovechaba cualquier oportunidad para acercarse a la joven y poner sobre el tapete el tema de conversación que a él le interesaba.

—Se preocupa usted demasiado por Brancaster, Diana... No tema; se curará.

—Yo así quiero esperarlo... Es doloroso verle siempre igual, días tras días...

—¿Le importa mucho ese hombre, Diana?

—Mucho.

—¿Está usted enamorada de él? ¿Es por eso por lo que no quiere escucharme?

—¡No piense tonterías, Sartoris!... Conozco a Gerardo desde niña... eso es todo.

—Me tranquilizo... ¡Ah, si usted supiera, Diana!... Tengo celos de cada hora que pasa usted con él...

—Pero celos, ¿por qué?

—Usted sabe que la quiero, Diana, que la quiero para mí solo... ¿Es que no va usted a tomarme nunca en serio?

Por toda contestación, lady Diana soltaba el chorro de su risa cristalina, desconcertando, humillando a su galán.



...nació entre Diana y Gerardo un noviazgo.

Pasaron las semanas. Con fiestas y cacerías se celebró en el castillo de Falconhurst el completo restablecimiento de Gerardo Brancaster, y como resultado de aquellos pasatiempos, nació entre Diana y Gerardo un noviazgo que todos vieron con muy buenos ojos. Todos menos Sartoris, el cual, al ver fracasados sus proyectos matrimoniales, concibió un plan de venganza digno de Maquiacavelo.

Sabiendo que Brancaster había perdido la

memoria, se puso en combinación con Irene d'Algy y con el registrador Ricardo Haslam, para falsificar una partida de matrimonio de Irene con Gerardo, aprovechando la licencia que el joven le había dado a la aventureña antes de su rompimiento.

Trató Haslam de resistirse, pero, amenazado con ir a dar con sus huesos en la cárcel, pues Sartoris conocía bien su pasado borrasco, no tuvo más remedio que ceder. Y la partida de matrimonio quedó "legalmente" hecha.

Y un día que en el castillo de Falconhurst se celebraban los espousales de Brancaster y Diana, se presentó de improviso Irene d'Algy, anunciada por un criado como lady Brancaster. Hubo en la sala un movimiento de estupor, e Irene, muy resuelta, avanzó hasta el marqués, diciéndole:

—Supongo que yo estaré incluida en las invitaciones que se hacen a mi marido, ¿verdad, lord Beverly?

—¡Esto es una infamia! —gritó Brancaster—. ¡Yo ni siquiera conozco a esta mujer!

—Esperaba la negativa de mi marido y por eso no he venido sin pruebas.

Y ante los ojos atónitos del marqués desplegó la partida de matrimonio. Todos hubieron de rendirse ante la evidencia, y Brancaster, anulada su memoria, no tuvo más remedio que salir de allí con la cabeza baja, como si, en efecto, hubiese cometido una mala acción.

COLECCIÓN DE CUENTOS REGIONALES

Cuenticos baturros

Cuentos valencianos

Cuentos andaluces

25 céntimos el libro

Próximo número:

CUENTOS ASTURIANOS

— PEDIDOS A —

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

Si no los encuentra en su localidad, pídalos hoy mismo, remitiendo su importe en sellos de correo, y cinco céntimos para el certificado.

VI

Los días se deslizaron, y Diana y Gerardo siguieron viéndose, buscando en vano una explicación a aquel obstáculo imprevisto que había sido puesto entre ellos. En sus conversaciones, Diana procuraba despertar los recuerdos de Brancaster sin resultado positivo, hasta que un día el nombre de Sartoris, unido al de Irene d'Algy, despertaron alguna luz en su memoria y por un instante se le presentó la escena del "Embassy Club", iluminando el camino que debía seguir para descubrir la añagaza de que había sido víctima.

Entre tanto, el favorito de las cuadras de Falconhurst seguía entrenándose constantemente, y en manos de un buen "jockey" iba perdiendo los resabios que un día hicieron temer por su porvenir. Era ahora, sin disputa, el caballo que más probabilidades tenía de ganar en las carreras de Ascot, y el marqués de Beverly cantaba ya victoria por anticipado.

Ignorante en absoluto del cambio operado en "El Látigo", Kelly seguía aceptando



Diana y Gerardo seguían viéndose.

apuestas sobre él, hasta que un día cayó en sus manos un periódico, que decía así:

"A propósito de "El Látigo". — El marqués de Beverly ha hecho saber que su caballo "El Látigo", en una prueba reciente, recorrió la cuarta milla en cinco segundos menos que el último record, detentado por el favorito "Fancy Free".

Con el periódico en las manos, descompuesto, a punto de explotar, Miguel Kelly se fué a ver a Sartoris y le dijo:

—¡Lea esto!... ¡Usted me dijo que “El Látigo” no tenía ninguna probabilidad de vencer!

—Esto no es más que un truco para atraer apuestas — respondió Sartoris, después de haber pasado la vista sobre el suelto.

—¡Beverly no es capaz de hacer eso, y usted lo sabe tan bien como yo!

En aquellos momentos se presentó en casa de Sartoris el registrador Haslam, el cual, sin hacer caso de Kelly, se encaró con el aventurero:

—¡Los detectives de Brancaster sospechan de mí... me acosan a preguntas! ¡Usted tiene que librarme de ellos!

—No sé de qué me está usted hablando — respondió Sartoris, disgustado de que Kelly conociese sus *debilidades*, que en sus manos podían convertirse en armas temibles.

—¡No se haga el inocente conmigo! ¡Usted fué quien me obligó a falsificar aquel certificado de matrimonio!

—¡Silencio, imbécil!
—¡No quiero callarme! ¡Si yo voy a la cárcel, usted irá también... y con usted esa falsa lady Brancaster!

Miguel Kelly creyó en el caso de intervenir en la conversación:



— ¡Ese es el hombre que trató de matar a su caballo!

— ¿Conque también falsificaciones, eh?... ¡Una linda historia para la policía! ¡Ahora está usted en mis manos, amiguito!

— ¡No me comprometa usted, Kelly!

— Hablemos claro... ¡Yo me lo juego todo sobre “El Látigo” ! Si vence, estoy arruinado!

— ¿Y qué quiere usted que yo le haga?

— Usted verá... Pero si quiere ahorrarse disgustos, debe procurar que ese caballo no

vaya a Ascot... Porque si gana la carrera de la Copa de Oro, usted iría a la cárcel.

Aquella noche, Sartoris soltó el vagón que conducía a "El Látigo" a Ascot, con la sana intención de que lo hiciese astillas el London Express. Por fortuna, Brancaster consiguió poner a salvo el caballo un momento antes de que el expreso se le echase encima.

Al día siguiente se celebraban las carreras de Ascot, la nota más saliente de la temporada. Los habitantes de Falconhurst estaban seguros del triunfo de sus colores y, por su parte, Sartoris y Kelly, convencidos de que "El Látigo" había muerto en el accidente ferroviario, se sentían dueños de la situación.

Pero su alegría duró poco. Bien pronto se presentó ante ellos "El Látigo" y, como estaba previsto, ganó la carrera, dejando atrás a todos sus competidores. Entonces, en el colmo de la desesperación, Miguel Kelly se presentó al marqués de Beverly y, señalando a Sartoris y a Irene d'Algy, que estaban cerca, dijo con voz tonante:

—¡Ese es el hombre que trató de matar a su caballo!... ¡Y hay más aún! ¡Ese pájaro hizo falsificar el certificado de matrimonio de lord Brancaster! ¡Y esa es la dama que le ayudó! ¡Tan esposa es ella de Brancaster como yo!

La policía se llevó a los dos aventureros y,

por si acaso Miguel Kelly resultaba culpable, se lo llevó a él también, a pesar de sus protestas.

Así, después de tantas vicisitudes, que sólo sirvieron para poner a prueba el temple de su amor, Diana y Gerardo pudieron realizar su sueño, mientras que el marqués Enriquecía el archivo de sus cuadras con un nuevo trofeo.

F I N

RISAS Y ALEGRIAS

No deje de leer la más
nueva colección de
humorismo.

CHISTES BUENOS
CHISTES MALOS
CHISTES Y COLMOS
CUENTICOS BATURROS
ALMANAQUE HUMORISTICO - 1930

Precio del libro: **25 céntimos**
Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona
Remitir el importe en sellos de correo, añadiendo cinco
céntimos para el certificado.

Tarjetas postales al Bromuro y Esmaltadas

CELEBRIDADES DEL CINEMA

Colección de 10 postales. DOS PTAS. colección

Serie A

Clara Bow
Sue Carol
Dolores del Río
Janet Gaynor
María Casajuana
Ramón Novarro
Charles Farrell
George O'Brien
John Gilbert
Charles Morton

Serie B

Tom Mix
Tom Tyler
Charles Jones
Hoot Gibson
Fred Thomson
Rex Bell
Buffalo Bill
Fred Humes
Chiquilín
Chispita

Serie C

Greta Garbo
Gloria Swanson
Lillian Roth
Vilma Banky
Mary-Douglas
Rodolfo Valentino
Nils Asther
Adolfo Menjou
Richard Dix
Gary Cooper

Serie D

Los diez más sugestivos besos
por los artistas más simpáticos

ESCENAS PREFERENTES

Colección de 10 postales. DOS PTAS. colección

EL DESFILE DEL AMOR .M. Chevalier
EL ARCA DE NOE . . . Dolores Costello
LA MASCARA DE HIERRO . Douglas Fairbanks
BEN-HUR Ramón Novarro
LOS CUATRO DIABLOS . Janet Gaynor

NO SE VENDEN POSTALES SUELTA

Pedidos a

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

Si no los encuentra en su localidad, pídalos hoy mismo,
remitiendo su importe en sellos de correo, y cinco céntimos
para el certificado.

50

SOLAMENTE

BIBLIOTECA FILMS

puede ostentar el
Título de la supremacía
96 PÁGINAS DE TEXTO **96**

ARTÍSTICAS ILUSTRACIONES

Lea los grandes éxitos de esta temporada

Tomos a UNA peseta

EL DESFILE DEL AMOR	M. Chevalier
RIO RITA	Bebe Daniels
RASPUTIN	Gaidaroff
EL ARCA DE NOÉ	Dolores Costello
LA MASCARA DE HIERRO	Douglas Fairbanks
TRAFAVGAR	Corinne Griffith
EL LOCO CANTOR	Al Jolson
LOS PECADOS DE LOS PADRES	E. Janning
EL AMOR Y EL DIABLO	Milton Sills
MENTIRAS DE NINA	Brigitte Helm
LA MUJER DISPUTADA	Norma Talmadge

— PEDIDOS A —

Biblioteca Films. - Apartado 707. - Barcelona

Si no lo encuentra en su localidad, pídalos hoy mismo,
remitiendo su importe en sellos de correo, y cinco céntimos
para el certificado.